

De agosto se evapora :
Nublada está la aurora
Y acaso lloverá.

» Y cuando te recuerdes
En tu envidiado lecho,
Te alzaré hasta mi pecho
Para darte calor ;
Y quizás al mirarte
Tan linda, tan tranquila,
Enturbie mi pupila,
Por tí, llanto de amor ! »

Así cantaba ufana
La madre de María,
Mientras dormir la hacia
De la cuna al vaiven ;
Y en su blanca mejilla
Mil besos estampaba
Y sus labios besaba,
Y su tranquila sien.

Donosa era María
Adormida en la cuna,
Como un rayo de luna
Que refleja en el mar.
Cuando ella la besaba,
Sus labios entreabria,
Y sin saber reía
Después al despertar.

Pero esta vez acaso
En su sueño profundo
Vió los males que el mundo
Guardaba á su niñez ;
Y el canto de la madre
La niña entendería,
Y en el vivir vería
Soledad y aridez.

Y diez veces á penas en el cielo,
La luna que es tan grata para el suelo,
Mostró su redondez ;
Y la niña que tanto acariciaban,
Al ver que los querubes la llamaban,
Voló con rapidez.

Un año todavía no tenía
Y la cuna mullida en que yacía
En tumba se trocó ;
Y los que antes alegres la arrullaron
Al mirar su cadáver la lloraron
Pero la canto yo.

Los ángeles sus alas agitaron,
Y al trono del Eterno se llevaron,
Un alma sin pecar ;
Y esa noche mirando las estrellas
Yo vi una exhalacion en medio de ellas
Rutilante pasar.

LAS FLORES

Solo el que no es dichoso sufriendo oculta pena
Comprende cuanto vale una olorosa flor,
Cuando con dulce risa de mil encantos llena
La ofrece una belleza teñida de rubor.

Las flores son un bálsamo al alma acongojada,
Que al respirar su aroma se eleva á otra region,
A esa region sublime en sueños figurada
Donde todo es ventura, donde todo es pasion.

Cuando presa la mente de pensamiento impio
Olvida cuanto tiene el hombre en derredor,
Y no hay en torno suyo mas que ese desden frio
Que marchita una á una las horas del amor ;

Es dichoso si entónces alguna amiga mano,
Le brinda cariñosa con tímido mirar,

Una flor olorosa que su dolor tirano
Embota, y un momento suaviza su pesar.

Acaso se respiran aromas en el cielo :
Tiene algo de divino la esencia de una flor ;
Y cuando yo he soñado con mi ángel de consuelo,
Una flor en el seno le vi de albo color.

¡Cuánto, cuánto se goza, si en la pena sombría
Al reclinar cansada la calorosa sien,
Se desliza hasta el alma la célica ambrosía
De flores que una bella brindara sin desden !

¡Tal vez en ese instante resbala silenciosa
Una lágrima ardiente que nadie enjugará !
¡Tal vez algun suspiro del alma congojosa
Se pierde entre sus hojas... y las marchitará !

VENEZUELA

ANDRÉS BELLO

Nació en Carácas el 30 de noviembre de 1780; fué rector de la Universidad de Chile y miembro de la Academia española.

Desde que Venezuela dió el grito de independencia en 1810, Bello empezó á prestar servicios á su país.

Uno de los primeros periódicos en que escribió Bello en Londres, fué el fundado en 1820 por don Antonio José de Irisarri, periódico que llevaba por título : *El Censor americano*. Luego publicó la *Biblioteca americana*, y mas tarde, en 1826, tres tomos del *Repertorio americano*. Estas publicaciones abrazan artículos literarios, poéticos, críticos, científicos, históricos.

En 1828, volvió á la América, encaminando su rumbo hácia Chile, donde ha permanecido hasta su muerte acaecida en 1865.

Bello ha escrito sobre varios ramos del saber humano, y ha cosechado laureles en toda senda. Sus principales obras son : *Principios de derecho internacional*, *Gramática castellana*, *Teoría del entendimiento*, *Principio de ortología y métrica de la lengua castellana*, *Compendio de cosmografía*, *código civil Chileno*, y varias traducciones, discursos literarios y opúsculos políticos.

Bello ha sabido formular con admirable acierto las leyes de nuestra lengua en la mejor gramática conocida que existe del idioma castellano y las reglas á que deben ajustarse las relaciones de los hombres unos con otros, en el Código civil Chileno, que es un verdadero monumento de justicia y sabiduría.

En 1869, se ha publicado en París una interesante colección de las obras de Bello.

EL INCENDIO

I

Santa Casa de oracion,
Templo de la Compañía,
Que á plegaria y á sermon
Llamas de noche y de día
La devota poblacion :

¿Qué esplendor, qué luz es esta
Que sobre tí se derrama?
No es luz de nocturna fiesta ;
Es devastadora llama ;
Es una pira funesta.

Ni es sonido de alegría
El que por los aires corre :
Ayes son esos que envía
Envuelta en humo tu torre :
Son gemidos de agonía.

Jamás con furor tan ciego,
Prendió escondida centella :
Vióse breve lumbre ; y luego
Á grande altura descuella
Una cúpula de fuego.

Raudo volcan se me antoja.
Que aglomera nube á nube

De humareda parda y roja.
Y ya hasta los cielos sube,
Y encendida lava arroja.

Cual leon que descuartiza
Descuidada presa hambriento,
Tal, encrespado se eriza,
Tal ruge el fiero elemento,
Que te reduce á ceniza.

Aunque el pueblo te circunde
Á socorrerte anhelante,
Rápido el incendio cunde,
Y hasta el cerro mas distante
Terrífica luz difunde ;

Y en cuanto la vista abraza,
Tiñen medrosos reflejos
Toda calle y toda plaza,
Y aun contemplados de lejos
Espanto son y amenaza.

Una vision gigantea
Que negras alas agita,
En lo alto revolotea :
Soplando, el incendio irrita ;
Y sacude humosa tea,

¿Será aquel ángel, al pozo
De perdición derrocado,
A quién la miseria es gozo?
Sobre su rostro eclipsado
Vislumbra horrendo alborozo

Ya del techo, alta diadema
De fuego, lluvia descende
Ardiente, que alumbra y quema
La vasta nave, y se extiende
Con voracidad extrema.

¡Virgen! si compadecida
Te halló siempre el ruego humano,
Deten la fiera avenida:
Tiende el manto soberano
Sobre tu mansión querida;

Sobre tu bella morada,
Donde con ardientes votos
Has sido siempre invocada;
Donde mil labios devotos
Te llamaron abogada.

Y tú, ¿puedes tolerar
Que así las llamas te ultrajen,
Santo Arcángel titular?
Se cebarán en tu imagen?
¿Harán pavesas tu altar?

Nada aplaca su furor:
La destrucción es completa:
Arde todo en derredor:
Aun á su Dios no respeta
El fuego consumidor.

II

Y á tí también te devora,
Centinela vocinglero,
Atalaya veladora,
Que has contado un siglo entero
Á la ciudad, hora á hora.

Diste las naves, y prendida
Estabas viendo la hoguera
En que iba á espirar tu vida:
Fué aquella tu voz postrera,
Y tu última despedida.

Cuando sellaba tu suerte
Ese fatídico acento,
¿Quién imaginó perderte,
Y que en las alas del viento
Iba la voz de la muerte?

Paréceme que decías:
« ¡Adios, patria! el cielo ordena
Que no mas las notas mías

Desenvuelvan la cadena
De tus horas y tus días.

Mil y mil formas miré
Nacer al aura del mundo,
Y florecer á mi pié,
Y descender al profundo
Abismo de lo que fué.

Yo te vi en tu edad primera
Dormida esclava, Santiago,
Sin que en tu pecho latiera
Un sentimiento presago
De tu suerte venidera.

Y te vi del largo sueño
Despertar altiva, ardiente,
Y oponer al torvo ceño
De los tiranos, la frente
De quien no conoce dueño.

Vi sobre el pendón hispano
Alzarse el de tres colores;
Suceder á un yermo un llano
Rico de frutos y flores;
Y al esclavo el ciudadano.

¡Santiago, adios! ya no mas
El aviso diligente
De tu heraldo fiel oírás,
Que los sordos pasos cuente
Que hácia tu sepulcro das.

¡Adios! llegó mi hora aciaga,
Como llegará la tuya.
No hay cosa que no deshaga
El tiempo, y no la destruya:
Aun á los imperios traga.

III

El ángel que guarda y vela
Á nuestra patria naciente,
Ya que el incendio encarcela,
Mustio, la mano en la frente,
Al empuje coro vuela.

Sacióse en el templo santo
El fuego: cesó el bullicio:
Duerme la ciudad, y en tanto
En torno al trunco edificio
Reina silencioso espanto.

Realza una opaca y fea
Lumbre el horror y el asombro:
Frio norte el humo ondea:
Algun denegrido escombro
Acá y allá centellea.

Los terrenos lazos corta
Y libremente vaguea.

Y no es un descolorido
Bosquejo lo que elabora,
Que al pensamiento embebido
El *antes* se vuelve *ahora*,
Y la memoria, sentido.

Las antiguas tradiciones
Toman colores reales,
Y quebrantan las prisiones
De las arcaes sepulcrales
Difuntas generaciones.

¿Qué nuevo rumor se advierte?
¿Qué insólito murmurar?
¿Qué voz turba de esta suerte
El silencio secular
De ese asilo de la muerte?

En sus lechos se incorporan
Las heladas osamentas:
De los nichos en que moran
Bajan sombras macilentas:
Negras ropas las decoran.

Grima me da, cuando miro
La procesion, que la grada
Monta del hondo retiro,
Y en dos filas ordenada
Hace en torno un lentó giro.

Va á su cabeza un anciano
Una blanca mitra deja
Asomar su pelo cano,
Cantan, y el canto semeja
Sordo murmullo lejano.

Mueven el labio, y despues
Desmayados ecos gimen:
La luna pasa á través
De sus cuerpos; y no imprimen
Huella en el polvo sus piés.

No, no es cosa de este mundo,
Ni es lustre de ojos humanos,
El de aquel mirar profundo:
Sendas hachas en sus manos
Dan un brillo moribundo.

Y cuando atender se quiere
Á lo que en el aire zumba
Y en tristes cadencias muere,
Se oye el cantar de la tumba.
El lúgubre Miserere.

Entre la vasta ruina
Tal vez despierta y se encumbra
Llamada repentina,
Que fantástica relumbra,
Y todo el templo ilumina;

Mas otra vez se adormece;
Y solamente la luna,
Cuando entre nubes parece,
Sobre el arco y la columna
Luminosa resplandece.

Y con pasmado estupor
Reciben nave y capilla
Este tan nuevo esplendor —
Lámpara sola que brilla
Ante el Arca del Señor.

Y ya, si no es el graznido
De infelice ave nocturna
Que busca en vano su nido,
Ó del aura taciturna
Algun lánguido gemido.

Ó las alertas vecinas,
Ó anunciadora campana
De las preces matutinas,
Ó la lluvia que profana
Las venerables ruinas,

Y bate la alta muralla,
Y los sacros pavimentos,
Triste campo de batalla
De encontrados elementos;
Todo duerme, todo calla.

IV

Cuando, á vista de un estrago,
Dolorido el pecho vibra,
¿Hay un sentimiento vago
Que nos alienta, una fibra
Que halla en el dolor halago?

¿Es un instinto divino,
Que cuando rompe y cancela
La fortuna un peregrino
Monumento, nos revela
Mas elevado destino?

¿Ó con no usada energía
Despierta en tu seno el alma
Y hulle la fantasía,
Noche oscura, muerta calma,
Solemne melancolía?

Yo no sé en verdad qué sea
Lo que entonces la transporta:
Absorbida en una idea,

« El brazo airado detén,
Muestra benigno el semblante,
¡Sumo Autor de todo bien!
Para que otra vez levante
Sus muros Jerusalén. »

V

Pero ya rayó la aurora,
Y á su luz, cada vez mas
La vision se descolora,
Y al fin, como un leve gas,
Por el aire se evapora.

Sobre la gran cordillera
Sube el primer sol de junio,
Y apresura (cual si huyera
De ver tamaño infortunio)
Entre nubes su carrera.

¡Ah! lo que ayer parecia
Fábrica eterna, ¿quién pudo
Adivinar que hoy seria
Tostados leños, desnudo
Paredón, ceniza fria?

Entre el pavor y el respeto
Contempla el vulgo curioso
(¡Horrible y misero objeto!)
De lo que fué templo hermoso
El mutilado esqueleto.

HIMNO DE COLOMBIA

I

Otra vez con cadenas y muerte
Amenaza el tirano español;
Colombianos, volad á las armas,
Repeled, repeled la opresion.

Suena ya la trompeta guerrera,
Y responda tronando el cañon;
De la patria seguid la divisa
Que os señala el camino de honor.

CORO

Suena ya la trompeta guerrera
Y responde tronando el cañon;
Ya la patria arboló su divisa,
Que nos muestra el camino de honor.

II

¿Qué patriota de nobles ideas
Apetece la torpe inaccion?
¿Quién aprecia el reposo entre grillos
Ciudadanos, morir es mejor.
¿Libertad, haz que dulce resuene

No brilla la antorcha clara;
No arde el incienso suave;
Polvo inmundo afea el ara.....
¿Mas porqué en lo ménos grave
El pensamiento se para?

El Tabernáculo Santo.....
Tu rostro en la tierra humilla,
¡Jerusalén! rasga el manto:
Por tu pálida mejilla
Hilo á hilo corra el llanto.

Prendió llama, llama insana,
El Señor, y dió al olvido
La fiesta de la semana;
Y su tienda ha demolido,
Y desechó su peana.

Callan ¡ay! eternamente
La iglesia, la torre, el coro:
Calló el rezo penitente;
Calló el repique sonoro;
Calló el pulpito elocuente.

La voz del himno ha cesado:
Duelo cubre y confusion
Al Sagrario desolado;
Y la hija de Sion
Es un cadáver tiznado.

De Colombia á los hijos tu voz!
Que jamás uno solo se afrente
Prefiriendo la vida al honor.

CORO

Libertad ¡oh, cuán dulce que suena
De Colombia á los hijos tu voz!
No será que uno solo se afrente
Prefiriendo la vida al honor.

III

De la patria es la luz que miramos,
De la patria la vida es un don;
Verteremos por ella la sangre,
Por un bárbaro déspota no.

Libertad es la vida del alma;
Servidumbre hace vil al varon;
Defender á un tirano es oprobio;
Perecer por la patria es honor.

CORO

Libertad es la vida del alma;

Servidumbre hace vil al varon;
Defender á un tirano es oprobio;
Perecer por la patria es honor.

IV

Defended este suelo sagrado
Que crecer vuestra infancia miró;
En que yacen cenizas heróicas,
En que reina una libre nacion,
Recordad tantas prendas queridas,
De la esposa el abrazo de amor,
De los hijos el beso inocente,
De los padres la herencia de honor.

CORO

Defendamos la patria querida,
Que nos guarda las prendas de amor;
Defendamos los caros hogares;
Conservemos la herencia de honor.

V

Recordad los patriotas ilustres
Que cobarde crueldad inmoló;
¿No escuchais que apellidan venganza?...
Embestid á esa turba feroz.

Recordad del Araure los campos.
Que el valor colombiano ilustró;
Á Junin, Boyacá y Ayacucho,
Monumentos eternos de honor.

CORO

Recordemos de Araure los campos,
Que el valor colombiano ilustró;
Á Junin, Boyacá y Ayacucho,
Monumentos eternos de honor.

VI

¿Veis llegar las legiones venales
Que conduce á la lid la ambicion?
Contra pechos de libres patriotas
Impotente será su furor.
Atacad: una fé mercenaria
Poco da que temer al valor:
¡Por victoria hallarán escarmiento,
Por botín llevarán deshonor!

CORO

Avanzad, oh legiones venales,
Que conduce á la lid la ambicion:
Por victoria hallareis escarmiento,
Por botín llevaréis deshonor.

Á LA VICTORIA DE BAILEN

Rompe el leon soberbio la cadena
Con que atarle pensó la felonía,
Y sacude con noble bazarria
Sobre el robusto cuello la melena.

La espuma del furor sus labios llena
Y á los rugidos que indignado envía
El tigre tiembla en la caverna umbría,
Y todo el bosque atónito resuena.

El leon despertó; temblad, traidores;
Lo que vejez creisteis, fué descanso;
Las juveniles fuerzas guarda enteras.

Perseguid, alevosos cazadores,
Á la tímida liebre, al ciervo manso;
No insulteis al monarca de las fieras.

EN EL ALBUM DE ENRIQUETA PINTO DE BULNES

Á plantar mis versos van
En este bello jardin,
Una flor; no es tulipan,
No es diadema, es un jazmin:
El jazmin del Tucuman.

El que su tapiz ameno
Tendió á Enriqueta en su cuna,
Y vino de aromas lleno
Imágen de su fortuna,
Al suelo feliz chileno.

Me encanta, flor peregrina,
Esa tu actitud modesta;
El que te ve se imagina
Ver una jóven honesta
Que el rostro á la tierra inclina.

Bella flor, y ¿á qué pincel
Debiste tu nieve hermosa?
Á tu lado, en el vergel,
Vulgar parece la rosa,
Y presumido el clavel.

Esa tímida blancura
Con que la vista recreas,
Sin duda te dió natura
Para que simbolo seas
De una alma inocente y pura.

De una alma en cuyo recinto
No ardió peligrosa llama,
Y que, por nativo instinto,
Solo nobles hechos ama;
Cual la de Enriqueta Pinto.....

Mas Enriqueta, tú quieres
La verdad en un ropaje
Mas natural, y prefieres
Sus acentos al lenguaje
De que gustan las mujeres.

Te enfadan alegorias;
Desprecias vanas ficciones;
Niña aun, te divertias
En instructivas lecciones,
No en frívolas poesías.

Dejemos los oropeles
A labios engañadores
De almibarados donceles:
Otras niñas buscan flores,
A tí te agradan laureles.

Oye, pues, querida mia,
La voz ingénuo y sincera,
Que en fé de su amor te envia
Una alma que considera
Suya propia tu alegría.

¡Con qué júbilo afectuoso
Contemplo esa union felice,
Nudo santo y amoroso,
Que tantos bienes predice
A la esposa y al esposo!

EL HOMBRE, EL CABALLO Y EL TORO

A un caballo dió un toro tal cornada,
Que en todo un mes no estuvo para nada.
Restablecido y fuerte
Quiere vengar su afrenta con la muerte
De su enemigo; pero como duda
Si contra el asta fiera, puntiaguda,
Armas serán sus cascos poderosa,
Al hombre pide ayuda.

« De mil amores, dice el hombre. ¿ Hay cosa
Mas noble y digna del valor humano
Que defender al flaco y desvalido.

¡ Quiera fecundarla el cielo
Con renuevos que den gloria
Y grandeza al pátrio suelo,
Y le acuerden la memoria
Ó del padre ó del abuelo!

Y cual corre fuente pura
Entre lirios y azahares;
Así corra la ventura
Siempre exenta de pesares
De tu existencia futura.

Ó si la dicha terrena
Tasa el Autor soberano
De la vida; si él ordena
Que des al destino humano
Tu contribución de pena,

Hija, esposa y madre, amor
En tí consuelos derrame,
Y te vuelva la interior
Serenidad, y embalsame
Las heridas del dolor.

Y perdona, niña, á un viejo
Que como triste graznido
De buho, en nupcial festejo
Te hace oír el desabrido
Duro acento del consejo

Vanidad y afectacion
Jamás tu candor empañen,
Y en toda voz, toda accion,
Como suelen, te acompañen
Cordura y moderacion:

Que en la fortuna mas alta
Es el mérito modesto
Oro que á la seda esmalta;
Y en un envidiado puesto
Con mas esplendor resalta.

Y dar castigo á un ofensor villano?
Llévame á cuestras tú, que eres fornido
Yo le mato; y negocio concluido. »

Apercibidos van á maravilla
Los aliados; lleva el hombre lanza;
Riendas el buen rocín, y freno y silla;
Y en el bruto feroz toman venganza.

« Gracias por tu benévola asistencia;
Dice el corcel: me vuelvo á mi querencia;
Desátame la cincha; ¡ y Dios te guarde.

— ¿Cómo es eso? ¿Tamaño beneficio
Pagas así? — Yo no pensé..... — Ya es tarde
Para pensar; estás á mi servicio;
Y quieras ó no quieras,
En él has de vivir hasta que mueras.

Pueblos ameri anos,
Si jamás olvidais que sois hermanos,

Y á la patria comun, madre querida,
Ensangrentais en duelo fratricida;
¡ Ah! no invoqueis, por Dios, de gente extraña
El costoso favor, falaz, precario,
Mas de temer que la enemiga saña.
¿ Ignorais cuál ha sido su costumbre?
Demandar por salario
Tributo eterno y dura servidumbre.

LA ARDILLA, EL DOGO Y EL ZORRO

FÁBULA PARA EL ALBUM DE UNA HIJA

Madama ardilla con un dogo fiero,
Compadre antiguo suyo y compañero,
Salió al campo una tarde á solazarse.
Entretenidos iban en gustosa
Conversacion, y hubieron de alejarse
Tanto, que encapotada y tempestuosa
Los sorprendió la noche á gran distancia
De su comun estancia.
Otra posada no se les presenta
Que una alta encina, añosa, corpulenta:
El hueco tronco ofrece albergue y cama
A nuestro dogo: la ligera ardilla
Se sube de tres brincos á una rama,
Y lo mejor que puede se acucilla.
Danse las buenas noches, y dormidos
Quedaron luego. A lo que yo barrunto
Eran las doce en punto,
Hora propicia al robo y al pillaje
Cuando aportaba por aquel paraje
Uno de los ladrones foragidos
De mas renombre, un zorro veterano,
Terror de todo el campo comarcano
En leguas veinte ó treinta á la redonda.
En torno al árbol ronda,
Alza el hocico hambriento,
De palpitante carne, atisha, husmea,
Y vé á la ardilla en su elevado asiento.
Ya en su imaginacion la saborea,
Y la boca se lame,
Y la cola menea;
Mas, ¿ cómo podrá ser que á tanta altura,
Si no le nacen alas se encarama?
Iba casi á decir *no está madura*,
Cuando le ocurre una famosa idea.
« Bella señora mia,
Vuesa merced perdone, le decia,
Si interrumpo su plácido reposo.
Despues de tanto afan, cuando el consuelo
De hallarla me concede al fin el cielo,
No puedo contener el delicioso
Júbilo que de mi alma se apodera.

¿ No me conoce usted? Su buena madre
Hermana fué de mi difunto padre:
Tengo el honor de ser su primo hermano.
¡ Ay! en su hora postrera
El venerable anciano
Me encomendó que luego en busca fuera
De su sobrina, y la mitad le diera
De la hacenduela excasa
Que al salir de esta vida
Nos ha dejado. A mi paterna casa
Sea usted, pues, mil veces bien venida,
Y déjeme servirla en el viaje
De escudero y de paje.
¿ Qué es lo que duda usted? ¿ Qué la detiene,
Que de una vez no viene
A colmar mi ventura, en lazo estrecho
Juntando el suyo á mi amoroso pecho? »
Ella, que por lo visto era ladina
A par que vivaracha y pizpireta,
Y al instante adivina
La artificiosa treta
Así responde al elocuente zorro:
« Fineza tanta, mi querido primo,
Y el liberal socorro
Del piadoso difunto,
Que en paz descansa, como debo estimo,
Bajar quisiera al punto;
Pero ya veis..... Mi sexo..... á la entrevista
Es menester que asista,
Si lo teneis á bien, un deudo caro,
Que de mis años tiernos fué el amparo:
Es persona discreta,
A quién podeis tratar sin etiqueta,
Y que holgará de conoceros. Vive
En ese cuarto bajo;
Llamadle. » Don Marrajo,
Dándose el parabien de su fortuna,
Que le depara, segun él concibe
Dos presas en vez de una,
Con la mayor frescura y desahogo
Fué en efecto y llamó. Pero la suerte